
Uno

Los sonidos finales del ensayo general dejaron a los Laurel Players allí plantados, sin nada que hacer, callados e indefensos, parpadeando ante las candilejas de un auditorio vacío. Apenas se atrevieron a respirar cuando la figura solemne y menuda del director salió de los asientos desnudos para reunirse con ellos en el escenario, mientras sacaba de bastidores sin contemplaciones una escalera de mano y trepaba a la mitad de la misma y les decía, tras aclararse varias veces la garganta, que eran gente con muchísimo talento, gente con la que era maravilloso trabajar.

—No ha sido fácil —dijo, mientras sus gafas despedían discretos destellos hacia el proscenio—. Hemos tenido muchos problemas, y, para seros franco, ya casi me había resignado a no esperar gran cosa de vosotros. Pues bien. Tal vez os sonará cursi, pero aquí ha pasado algo. Esta noche, mientras estaba sentado ahí abajo, he tenido la clara certeza de que todos vosotros estabais poniendo el corazón por primera vez en vuestro trabajo.

Abrió los dedos de una mano sobre el bolsillo de su camisa para ilustrar hasta qué punto el corazón era una cosa simple, física; luego los cerró formando un puño, que procedió a agitar lentamente en una larga y callada pausa dramática, mientras cerraba un ojo y dejaba que su húmedo labio inferior escenificara una mueca de orgullo triunfal.

—Haced lo mismo mañana por la noche —dijo— y la función será apoteósica.

Podrían haberse echado a llorar. Temblorosos, procedieron en cambio a lanzar vítores y risas, a estrecharse las manos y a besarse, y alguien salió a por una caja de cer-

veza y todos se pusieron a cantar en torno al piano de la sala hasta que, por unanimidad, decidieron que lo mejor sería dar por terminado el jolgorio y regalarse un buen sueño reparador.

—¡Hasta mañana! —se dijeron, contentos como niños, y mientras volvían a sus casas a la luz de la luna descubrieron que podían bajar la ventanilla del coche y dejar que entrara el aire, con sus saludables aromas de greda y flores nuevas. Era la primera vez que muchos de los Laurel Players se permitían el lujo de certificar la llegada de la primavera.

Corría el año 1955 y el lugar era una zona del oeste de Connecticut donde recientemente tres poblaciones grandes habían quedado fundidas por una amplia y clamorosa carretera llamada Ruta Doce. Laurel Players era una compañía de aficionados, pero de las buenas y serias: sus miembros habían sido reclutados entre los adultos jóvenes de aquellas tres localidades, y éste iba a ser su primer montaje. Pasaron todo el invierno reunidos en la sala de estar de uno o del otro para mantener encendidas charlas sobre Ibsen, Shaw y O'Neill, y luego para la votación a mano alzada, en la que una sensata mayoría había elegido *El bosque petrificado*. Después, para el *casting* preliminar, se habían entregado semana a semana con una creciente dedicación. Podían opinar en privado que el director era un tío curioso (y lo era, en cierto modo: parecía incapaz de hablar de otra manera que no fuese con la mayor seriedad, y solía concluir sus parrafadas sacudiendo ligeramente la cabeza, con el consiguiente bamboleo de sus mejillas), pero lo querían y lo respetaban, y creían a puño cerrado en casi todo lo que decía.

—Toda obra merece lo mejor de cada actor o actriz —les había dicho en una ocasión.

Y en otra:

—Que no se os olvide. Aquí no estamos montando una obra y nada más. Estamos creando un teatro comunitario, y eso es algo muy importante.

Lo malo era que ya desde el principio habían temido que acabarían haciendo el ridículo, y habían agravado ese temor con el propio miedo a reconocerlo. Al principio ensayaban los sábados; por lo visto, siempre en una de aquellas tardes sin viento de febrero o marzo, cuando el cielo está blanco, los árboles negros y los campos y los montículos de tierra yacen desnudos y tiernos entre la nieve marchita. Al salir por la puerta de sus respectivas cocinas, deteniéndose un instante para abrocharse la chaqueta o ponerse los guantes, los Players veían un paisaje en el que tan sólo unas pocas casas viejas y destartaladas parecían estar en su medio; eso hacía que sus propias casas se vieran ingravidadas e inestables, tan fuera de lugar como otros tantos juguetes nuevos y relucientes que hubieran quedado durante la noche a merced de la lluvia. Tampoco sus automóviles parecían adecuados: innecesariamente grandes y vistosos con sus colores de caramelo y helado, como si se asustaran a la menor salpicadura de barro, se arrastraban tímidamente por las accidentadas calles que iban a parar desde todas direcciones a la suntuosa y bien nivelada Ruta Doce. Una vez allí, los coches parecían relajarse en un entorno que les era propio, un largo y luminoso valle de plástico de colores y vidrio cilindrado y acero inoxidable, pero al final debían desviarse, uno detrás de otro, y tomar el sinuoso camino rural que llevaba hasta el instituto de enseñanza secundaria, y tenían que aparcar en la tranquila zona de estacionamiento que había frente al auditorio del instituto.

—¡Hola! —se decían los Players tímidamente unos a otros.

—¡Hola!...

—¡Hola!...

Y entraban un poco a regañadientes.

Deambulando por el escenario en sus pesados chanclos, sonándose la nariz con kleenex y mirando ceñudos las movedizas copias de sus respectivos guiones, se apaciguaban finalmente unos a otros entre risas caritati-

vas, y coincidían una y otra vez en que habría tiempo de sobra para pulir las cosas. Pero no había tiempo de sobra, y todos lo sabían, y pese a doblar y redoblar el programa de ensayos, las cosas parecían ir de mal en peor. Sobre pasado con creces el momento en que según el director había que «hacerla despegar; darle realmente vida», la obra seguía siendo una cosa estática, informe, inhumanamente pesada. A cada momento veían la promesa del fracaso en las miradas de los demás, en los cabeceos y sonrisas de disculpa cuando se despedían y en la espasmódica premura con que montaban en sus respectivos coches y volvían a casa, donde probablemente les esperaban promesas de fracaso más antiguas y menos explícitas.

Y ahora, a veinticuatro horas del estreno, por fin lo habían conseguido. Aturdidos por la novedosa sensación de los vestidos y el maquillaje en la primera noche tibia del año, habían olvidado tener miedo: se habían dejado arrastrar por el movimiento de la obra, permitido que rompiera como rompen las olas, y, sí, quizá sonaba cursi (bueno, ¿y qué?) pero todos habían puesto su corazón en la obra. ¿Podía pedirse algo más?

El público, que había acudido la noche siguiente en una larga serpiente de coches, también estaba muy serio. Al igual que los Players, pertenecía en su mayor parte al lado joven de la mediana edad, e iba atractivamente vestido, según lo que las tiendas de ropa de Nueva York describen como «ropa de sport». Cualquiera podía ver que no era gente corriente en términos de educación, empleo y salud, y asimismo estaba claro que la velada le parecía importante. Por supuesto, todos sabían, y así lo repetían una y otra vez mientras entraban y ocupaban sus asientos, que *El bosque petrificado* no era precisamente una gran obra de teatro. Pero, bueno, la pieza no estaba mal, y su tesis, por más que básica, seguía siendo tan válida hoy como en los años treinta («Yo diría que incluso más», le repetía un

hombre a su esposa, que se mordía los labios y asentía con la cabeza, dándole la razón; «si lo piensas bien, más válida todavía»). Lo más importante no era la obra sino la compañía, lo que significaba como idea valiente, saludable y esperanzadora: el nacimiento de un buen grupo de teatro justo aquí, en su comunidad. Esto era lo que les había hecho llenar más de la mitad del auditorio, y lo que los mantuvo tensos y en silencio, dispuestos a disfrutar cuando las luces de la sala se apagarán.

Al levantarse el telón, la pared posterior del decorado todavía temblaba por el impacto de la huida in extremis de un tramoyista, y las primeras frases de diálogo quedaron enturbiadas por ruidos fortuitos de fuera del escenario. Estos pequeños desórdenes eran señales del ambiente de histeria que empezaba a reinar entre los Laurel Players, pero más allá del proscenio no hacían sino aumentar la sensación de que iba a ser una función excelente. Fue como si estuvieran diciendo: «Esperad un poco; esto todavía no ha empezado. Estamos todos un poquito nerviosos, pero os rogamos que tengáis paciencia». Y pronto holgó cualquier excusa, pues el público estaba viendo ya a la chica que hacía el papel de Gabrielle, la heroína.

Se llamaba April Wheeler, y su aparición hizo que la palabra «encantadora» corriera de boca en boca por el patio de butacas. Un poco después se sucedieron esperanzados codazos, o susurros de «es realmente buena», y las personas que sabían casualmente que había estudiado en una de las mejores escuelas de arte dramático de Nueva York hacía menos de diez años asintieron con orgullo. April era una mujer alta de veintinueve años, pelo rubio ceniza y una belleza patricia que la iluminación de pacotilla no conseguía desfigurar, y el papel parecía irle como anillo al dedo. Ni siquiera importaba que ser madre de dos hijos la hubiera dejado un poco demasiado gruesa de caderas y muslos, pues se movía con la gracia sensual de la virginidad. Cualquiera que estuviese mirando a Frank

Wheeler, el joven de cara redonda y aspecto inteligente que estaba mordándose el puño en la última fila de la platea, habría dicho que parecía menos su marido que su pretendiente.

—*A veces tengo la sensación de que estoy llena de vida*—estaba diciendo ella—, *y tengo ganas de salir y hacer algo absolutamente loco y maravilloso...*

Entre bastidores, acurrucados a la escucha, los otros actores sintieron por ella un repentino amor, o, cuando menos, una predisposición a amarla; incluso aquellos que se habían tomado a mal cierta falta de humildad por parte de ella en los ensayos. Y es que April era su única esperanza.

El primer actor se había presentado aquella mañana aquejado de un virus intestinal. Había llegado al teatro con fiebre alta, pero insistiendo en que se sentía lo bastante bien para seguir adelante. Sin embargo cinco minutos antes de la llamada para el telón había empezado a vomitar en su camerino, y el director no había podido hacer otra cosa que mandarlo a casa y adjudicarse él mismo el papel. Todo sucedió tan deprisa que nadie tuvo tiempo de pensar en salir al proscenio para anunciar la sustitución. Algunos actores secundarios no llegaron a enterarse de ello hasta que oyeron la voz del director en el escenario, pronunciando el texto que habían esperado oír en la voz de otro hombre. El pobre estaba haciendo todo lo que podía, recitando cada frase con un toque semiprofesional, pero no se podía negar que su aspecto era el menos indicado para el papel de Alan Squiers, achaparrado y medio calvo, y prácticamente incapaz de ver nada sin sus gafas, que había declinado llevar en escena. Desde que había hecho su entrada, los actores secundarios no dejaban de interrumpirse unos a otros y de olvidar su sitio en el escenario, y ahora, en mitad de la importante alocución del primer acto acerca de su propia superficialidad (*Sí, cerebro sin objetivos, nariz sin sonido, forma sin sustancia...*), una de sus

manos había volcado un vaso de agua, derramándola sobre la mesa. El director trató de disimularlo con una risita y una serie de morcillas (*¿Lo ves? Así soy yo de inútil. Trae, deja que te ayude a limpiarlo*) pero el resto de la parrafada se había echado a perder. El virus de la catástrofe, latente y amenazador durante aquellas semanas, había hecho erupción, y, empezando por el hombre que vomitaba ahora en su camerino, había contagiado a todo el reparto, con la excepción de April Wheeler.

—*¿No te gustaría que yo te amara?* —estaba diciendo ahora.

—*Sí, Gabrielle* —dijo el director, sudando a mares—. *Me gustaría que me amaras.*

—*¿Te parezco atractiva?*

Bajo la mesa, las piernas del director empezaron a bailar sobre el muelle de su pie flexionado.

—*Hay palabras más adecuadas para describirte.*

—*Entonces, ¿por qué al menos no lo intentamos?*

Estaba trabajando sola y debilitándose visiblemente a cada frase que decía. Antes de finalizar el primer acto el público ya se había dado cuenta —lo mismo que la compañía— de que la actriz había perdido el hilo, y el desconcierto no tardó en contagiar a todos. Había empezado a alternar entre falsos gestos teatrales y una inmovilidad de puños apretados, tenía los hombros alzados y rígidos, y a pesar del profuso maquillaje se le notaban en la cara y el cuello los colores de la humillación.

Luego vino la entrada impetuosa de Shep Campbell, un fornido y pelirrojo ingeniero que hacía el papel de Duke Mantee, el gánster. Toda la compañía había tenido sus dudas acerca de Shep ya desde el principio, pero él y su esposa Milly, que había colaborado en el atrezo y la promoción, eran gente tan entusiasta y simpática que nadie había tenido valor para sugerir que fuera sustituido. El resultado de aquella complacencia, y del sentimiento de culpabilidad del propio Campbell, era que acababa de olvidar

una de sus frases principales, cambiándola por otra dicha en voz tan apresurada y débil que no llegó más allá de la sexta fila. Por lo demás, se conducía menos como un forajido que como un servicial empleado de tienda de comestibles, con sus pequeñas reverencias y sus mangas subidas.

En el intermedio, el público salió a fumar al pasillo del instituto en grupos visiblemente inquietos mientras examinaban el tablón de anuncios y se secaban las manos húmedas en sus pantalones rectos y sus elegantes faldas de algodón. Nadie quería volver a la sala y aguantar el segundo y último acto, pero todos lo hicieron.

Y también los Players, cuyo único pensamiento, tan evidente como el sudor en sus rostros, era acabar lo antes posible con aquel desastre. La cosa pareció prolongarse durante horas, una cruel y prolija prueba de resistencia en la que la actuación de April Wheeler fue tan mala como la de los demás, si no peor. En el clímax de la obra, donde las indicaciones escénicas apuntan que la crudeza de la escena de la muerte sea *puntuada por disparos desde el exterior y detonaciones de la metralleta de Duke*, Shep Campbell apretó el gatillo con tan poco tino, y la salva desde bastidores fue tan sumamente ruidosa, que el texto de los enamorados se perdió en medio de un caos humeante y ensordecedor. La caída del telón fue recibida como un acto de misericordia.

La ovación, no muy sonora, se prolongó intencionadamente para permitir dos llamadas a escena, una que pilló a los actores camino de los camerinos, de espaldas y chocando entre ellos, y otra que reveló a los tres protagonistas en un fugaz cuadro de desolación: el director pestañeando miope, Shep Campbell con el semblante adecuadamente furioso por primera vez en toda la noche, y April Wheeler paralizada en una sonrisa de circunstancias.

Las luces de la sala se encendieron, y nadie entre el público supo qué cara poner ni qué decir. La voz indecisa de Helen Givings, la agente inmobiliaria, pudo oírse repi-

tiendo una y otra vez: «Qué bonito», pero la mayor parte de la gente permaneció callada y rígida, buscando rápidamente un cigarrillo mientras empezaba a desfilar por los pasillos. Un eficiente alumno del instituto, contratado para ayudar con la iluminación, saltó al escenario con un chirrido de zapatillas de deporte y empezó a dar instrucciones a un invisible colega subido a las bambalinas. El chico se quedó allí de pie, un tanto cohibido, consiguiendo mantener en sombras buena parte de sus granos mientras giraba orgulloso el cuerpo exhibiendo las herramientas de electricista —navaja, tenazas, rollos de alambre— que llevaba en una funda de aspecto profesional hecha de cuero lubricado que pendía baja sobre una nalga tensa de su traje de faena. Luego la batería de luces se extinguió, el chico hizo un pálido mutis y el telón quedó convertido en una desvaída pared de terciopelo verde, sucia de polvo. No había ya otra cosa que ver más que los rostros del público en sus prisas por dirigirse hacia la puerta principal. Ansiosos, con ojos desorbitados, por parejas, actuaban como si escapar serena y ordenadamente de aquel lugar fuera la más imperiosa de sus necesidades; como si de hecho no fueran capaces de empezar a vivir de nuevo hasta estar más allá de las rosadas nubecillas de los gases de escape y de la crujiente gravilla de aquel aparcamiento, donde un cielo negro se perdía en la inmensidad de las alturas, y había cientos de millares de estrellas.